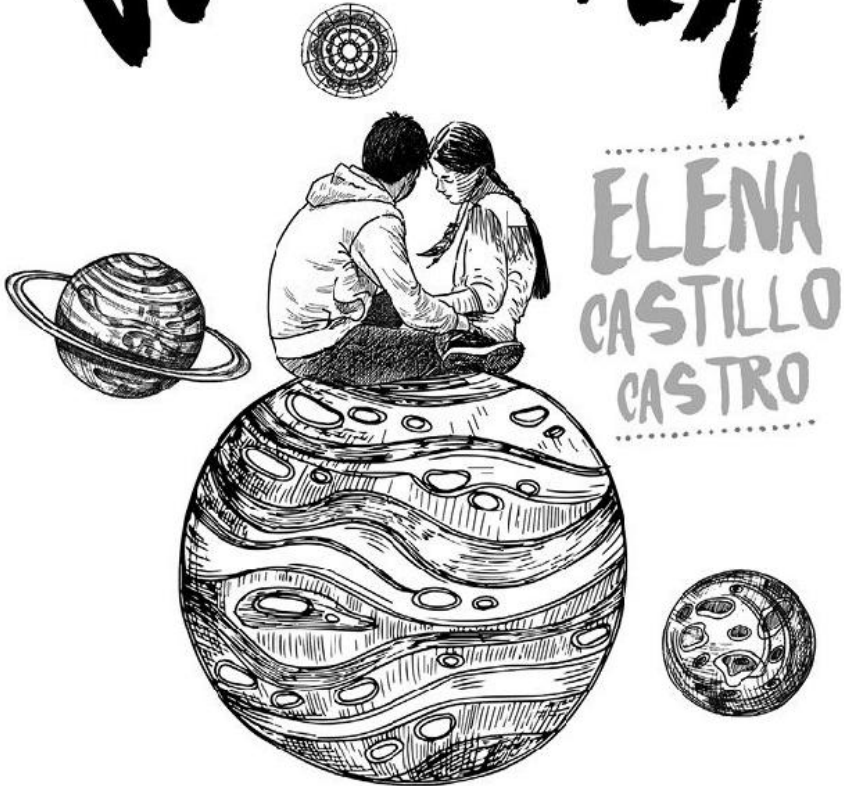


EL TEOREMA DE JÚPITER

ELENA
CASTILLO
CASTRO



EL TEOREMA DE JÚPITER



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición Marzo 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2019 by Elena Castillo Castro

All Rights Reserved

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17545-51-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*A Rodrigo; que tu alma sea noble,
tu espíritu libre y tu corazón fiel.*

PARTE 1

Margaritas: la flor de la inocencia

1

«Ser una estrella solo significa que has encontrado tu lugar especial en el mundo y que brillas donde estás».

Dolly Parton

Apuntaba directo hacia la frente de aquel indio. Aguantaba con firmeza la tensión del elástico mientras mantenía el ojo izquierdo cerrado para enfilar con precisión la pequeña pelota de goma justo hacia la frente de piel roja y arrugada. Odiaba aquellos cuadros, eran antiguos, aburridos y escalofriantes; sobre todo el del semínola descamisado que lucía dos largas trenzas sobre el pecho y una solitaria pluma de águila en el cogote. Era un tipo feo, con gesto de pocos amigos y un buen rifle del ejército de los Estados Confederados en su regazo.

—Ni se te ocurra, Landon Frazier. ¡Ya tienes ocho años! Sal de ahí abajo ahora mismo y dame ese tirachinas.

Sobresaltado, Landon se golpeó la cabeza contra el tablero de la mesa bajo la que se escondía del enemigo. Dotty avanzó hacia él decidida y usó la escoba de cerdas largas y duras para hacerlo salir de su refugio.

—¡Como destroces uno de esos cuadros, que deben de valer una fortuna, tus padres te enviarán a un reformatorio! Y yo no los haré cambiar de idea.

La asistenta ladraba mucho, pero mordía poco. Eso lo sabía bien Landon, por lo que cambió la diana a la que disparar con aquel tirachinas para retarla.

—Como me lances esa pelota, vas a estar comiendo puré de guisantes todas las noches hasta que cumplas veintuno.

Con un buen golpe de escoba, la mujer consiguió hacer

caer de espaldas al niño, y la pequeña pelota rodó sin remedio hacia el salón del té. Landon le sacó la lengua con descaro a la asistenta y salió corriendo para atrapar la munición de su arma de guerra. Esta rodó sin freno, cruzó toda la sala hasta chocar con la puerta, la que daba al caminito que conducía al nuevo invernadero. Su padre lo había hecho construir para su madre como regalo por su último aniversario de bodas. Pensaba cogerla y volver a cargar contra la regordeta empleada, su nuevo objetivo, pero escuchó voces al otro lado de la puerta y le pudo la curiosidad. Pensó que podían ser ladrones que buscaban las joyas de su madre o, aún mejor, alienígenas que venían con la intención de llevarlos a todos a su nave para hacer pruebas científicas con sus cuerpos. Landon cargó su arma y, con mucho cuidado, giró el pomo que abría la puerta. Apoyó la espalda en la pared y contó hasta cinco antes de salir apuntando.

—¡Alto ahí!

De un salto, salió con las piernas amenazadoramente abiertas, alzándose sobre una pequeña *creek* que sostenía una maceta con flores amarillas entre sus manos. Con el susto, la niña la dejó caer y desparramó el abono sobre sus pies. La pequeña lo miró con temor, paralizada. Antes de bajar el arma, él tuvo que superar la impresión que le había causado encontrarse con una nativa de verdad en su casa.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? —preguntó acusador.

La niña no contestó, miró con sus profundos ojos oscuros el desastre que había ocasionado y comenzó a respirar agitada. Se le había escurrido por el hombro uno de los tirantes de su peto vaquero, y de las largas trenzas color azabache se le escapaban mechones lacios, que flotaban con la brisa de aquella primavera.

—¿No hablas mi idioma?

Ella lo miró y arrugó la frente molesta, pero no emitió ni un sonido.

—Yo: Cometa Frazier. Tú: Cascabel —pronunció solemne el niño, con la mano derecha alzada como si prestara juramento, como lo había visto hacer en todas las viejas pelícu-

las de vaqueros que coleccionaba su padre en la biblioteca.

Entonces, ella relajó el gesto y comenzó a reír mientras recogía las flores e intentaba agrupar el abono alrededor de sus raíces.

—¿De qué diantres te ríes?

—¿Yo, Cometa? ¿Tú, Cascabel? —repitió ella entre risas.

Landon dio un respingo al escucharla hablar por fin. Se había fijado en sus pies descalzos, en el tono tostado de su piel y en los hoyuelos que se le habían formado en los mofletes al sonreír.

—Sí, Cometa es mi nombre de guerra porque, cuando lanzo el balón, en el equipo dicen que toma la velocidad de una estrella fugaz.

—Y yo soy Cascabel, ¿no?

—Bueno, tienes uno justo ahí, enganchado a tu trenza.

—Landon no pudo resistir la tentación de acariciar con un par de dedos aquel pelo que parecía seda brillante.

—Pues ese no es mi nombre, pero me gusta.

—Podría ser tu nombre de guerra.

La niña volvió a reír con los hombros encogidos.

—En todo caso, sería mi nombre de paz —Sonrió ella alargando la comisura de sus párpados.

Landon arrugó la nariz, no había comprendido aquello, pero tampoco le importó. ¡Tenía a una india de verdad en su casa! Y no se parecía en nada a los de las tribus de sus cuadros. Bueno, quizá sí, pero ella era... ¿bonita?

—¿Adónde vas? —le preguntó Landon al ver que, tras recogerlo todo, se marchaba por el lateral de la casa hacia la entrada.

—Con mi madre, para que arregle esto antes de llevarlo al invernadero. —Le hizo un gesto con la mano para que la siguiera y le dio la espalda.

Landon miró hacia el lugar al que se dirigía la niña dando alegres saltitos al compás de la canción que cantaba y la siguió a una distancia prudente, la suficiente como para que la creek no pensara que él tenía el más mínimo interés en ella. Descubrió una furgoneta celeste aparcada en la entrada de su casa. En el lateral de la carrocería tenía escrito

«*Lomasi's Flower Truck*». ¡Era una floristería con ruedas! A Landon le resultó muy curioso y se preguntó desde dónde vendrían, pues en Abbeville no había ninguna tienda especializada en flores. La estructura se abrió por los laterales, por lo que pudo ver su interior, atestado de macetas de diferentes tamaños que contenían una gran variedad de especies. Una señora apareció oculta tras dos enormes ficus y, al ver a la pequeña, se paró y dejó los maceteros en el suelo para atenderla con dulzura. Era otra nativa, no fue difícil para Landon deducir que era la madre de aquella niña. Decidió acercarse, quería ver bien la furgoneta y pensó que, con suerte, le dejarían montarse en ella y probar el volante.

—Él es el niño. Él es Cometa —dijo la pequeña creek señalándolo con el dedo.

Landon se replanteó la idea de acercarse, pues podía terminar castigado por haber apuntado a la india con su tirachinas y haber provocado el estropicio de la maceta rota.

—Ven, chico. Puedes acercarte, de hecho, nos vendría bien tu ayuda —le dijo la madre.

Él avanzó con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones cortos y la barbilla alzada, con el paso receloso y aguantando la respiración.

—Hola, Cometa. Soy Lomasi y ella es Malia. —Aquella mujer le desplegó la sonrisa.

Landon miró a la niña al conocer su nombre real y apretó los labios para aguantar una sonrisa.

—¿Nos ayudas?

—Sí, señora.

Le pusieron en las manos una planta que pesaba más de lo que habría imaginado, pero cargó con ella detrás de ambas sin protestar porque, si la niña pequeña podía acarrear una igual, él no iba a ser menos. De hecho, hizo varios viajes al interior del invernadero ayudando a transportar prácticamente todo el contenido de la furgoneta. Lomasi hablaba mucho, por eso Landon se enteró de que ella y su hija venían desde la reserva Poarch Creek de Atmore, que una amiga de su madre, Beau Belle, las había conocido en la feria de agricultores cuando visitaron Abbeville con su furgo-

neta, de que Malia tenía casi siete años y tres gatos, y de que sabían todo, absolutamente todo, sobre las flores.

El invernadero estilo victoriano que había mandado construir el señor Frazier tenía el suelo y las paredes de ladrillos expuestos. La perfilería de madera, pintada en blanco, sujetaba enormes cristales cortados con formas rectas y elegantes. Era muy bonito y, según su madre, también romántico. De pronto, sin embargo, el interior se había convertido en un tremendo jaleo de formas, colores y olores que Lomasi miraba de arriba abajo.

—Bueno, creo que tengo mucho trabajo por delante. Hay que colocar cada cosa en el lugar adecuado para que el resultado sea como sentirse en el paraíso.

Un aplauso entusiasta irrumpió dentro, y los tres se giraron para mirar:

—¡Eso suena fabuloso! Estoy tan emocionada... Por cierto, soy Reese Frazier y tú tienes que ser Lomasi, ¿verdad? Beau Belle me ha hablado maravillas de ti, dice que eres la Miguel Ángel de los jardines. No puedo esperar para ver cómo transformas este espacio vacío.

—Bueno, no creo que esto llegue al nivel de la Capilla Sixtina, pero mire qué flores traigo: ranúnculos italianos, anémonas mistrales, amapolas de Islandia... Le aseguro que no habrá un invernadero más bello de aquí a Mobile.

—¿Y quién es esta jovencita? —Landon se dio cuenta de que su madre lo había visto con la mirada hipnotizada puesta en la niña, y se giró con intención de escabullirse de allí—. Quieto aquí, Landon Frazier. ¿Adónde crees que vas?

El chico conocía bien el tono autoritario de su madre y paró los pies en seco.

—Es Malia, mi hija. Disculpe que la haya traído, pero no tenía con quien dejarla y... —dijo Lomasi.

—Si quiere, Landon la puede acompañar a la piscina. Mis hijas están bañándose allí. Seguro que le apetecerá refrescarse y jugar un poco mientras usted trabaja en el invernadero. ¿Qué le parece?

Lomasi miró a su hija para que fuera ella la que respondiera a la propuesta.

—No llevo bañador, señora.

—¡No te preocupes! Le diré a Dothy que te busque alguno de las niñas que te valga.

La niña se encogió de hombros y miró hacia Landon, que silbaba fingiendo no prestarles atención. Su madre la animó a irse con las hijas de aquella señora, y sabía que negarse no era de buena educación; además, no podía molestar a una clienta.

Landon la guio hasta el lateral opuesto de la enorme casa en silencio, pero mirándola de reojo. Aquella niña era bastante rara; lo observaba todo con los ojos demasiado abiertos, no paraba de olfatear cada rincón como si fuera un perro y movía las manos con cada golpe de brisa.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó, imitándola.

—Para bailar con el viento.

Landon bajó las manos de inmediato y la miró de nuevo con el ceño fruncido. Era muy pero muy rara.

Dothy le facilitó un bañador y le presentó a las cuatro hermanas de Landon, que salieron del agua, obedientes, para recibir a la invitada.

—¿Quieres jugar con nosotras? —le preguntó Viola, mostrándole un balón hinchable.

Malia se acercó al borde de la piscina y miró el agua como si quisiera entenderla o tal vez escucharla.

—¿Sabes nadar? —le preguntó Landon, que había subido hasta su cuarto como un verdadero cometa para ponerse también un bañador.

—Sí, sé nadar, pero es que el agua está demasiado limpia; es tan azul que no parece de verdad.

—¡Pues te aseguro que lo es! —gritó el muchacho antes de lanzarse de cabeza.

Malia sintió de pronto que una mano se posaba en su hombro y la acariciaba con suavidad.

—¿Nunca te has bañado en una piscina? —La hermana mayor se agachó para poder hablarle mirándola a los ojos.

—Nunca, pero sé nadar, lo hago en el río de la reserva.

—¿Qué te parece si nos sentamos un rato en el borde, metemos los pies en el agua y me haces una trenza como

la tuya?

La niña asintió y ambas se dirigieron a las escaleras para sentarse a la entrada de la piscina. Allí metieron los pies y Malia movió sus pequeños dedos, estirándolos para dejar que el agua circulara entre ellos. Mientras veía jugar a los otros cuatro dentro del agua, ella disfrutó enredando en sus dedos los mechones de aquel pelo tan rubio que parecían rayos de sol.

Landon la invitó varias veces a unirse al juego y, finalmente, al quinto intento, lo consiguió. Le sorprendió comprobar que era rápida, que podía aguantar la respiración bajo el agua durante más tiempo que él y que su risa era pegadiza.

Aquella noche, el chico quiso que su madre, una orgullosa «dama del sur» que conocía bien la historia de aquellas tierras, le contara todo sobre los *creeks*, y para ello hicieron un recorrido por las distintas fotografías y láminas que colgaban de las paredes de aquella antigua mansión.

—Mucho antes de que los colonos se mudaran a estas tierras, los *creeks* y los seminolas se establecieron aquí. La tribu *muskogee* de los *creeks* no era nómada. Ellos se quedaron a vivir a orillas de los arroyos y fueron unos excelentes agricultores.

—¿Y qué les pasó, mamá?

—Pues que, cuando los colonos llegaron, los *muskogee* querían vivir juntos en paz, pero el resto de las tribus *creeks* y los seminolas no estaban de acuerdo en dejar que aquellos extraños se apoderaran de sus tierras. Durante décadas estuvieron luchando con éxito frente a los estadounidenses, los españoles del oeste de Florida y los ingleses del este. Pero en 1813, los *creeks* que se habían aliado con los ingleses invadieron la Florida española y lucharon bajo las órdenes de Andrew Jackson contra las otras tribus, que se conocían como los «Bastones Rojos». —Su madre señaló la foto de aquel hombre de pelo blanco y adoptó una voz narradora, que intentaba captar aún más la atención de su hijo, antes de señalar la siguiente lámina—. El general Andrew

Jackson hizo construir el Fuerte Williams y marchó cortando seis millas de bosque hasta el campamento del jefe menawa de los Bastones Rojos. Envió a la infantería montada hacia allí y a los indios aliados al sur para que cruzasen el río Tallapoosa y rodearan así el campamento. Más de quinientos Bastones Rojos murieron en aquella batalla. Todo aquello debilitó mucho a los *creeks*. Hermanos contra hermanos... Y, a pesar de eso, luego Andrew Jackson no hizo diferencias entre los que habían luchado junto a él o contra él, y obligó a casi toda la Nación *Creek* a traspasarle sus terrenos.

—¡Pero eso no es justo!

—Ninguna guerra es justa, hijo. Esos terrenos eran muy deseados por los estadounidenses, los querían para expandir sus enormes plantaciones de algodón.

—¿Como esta en la que vivimos, mamá? —preguntó Landon horrorizado.

—Muy probablemente, hijo. Aunque algunos pocos *creeks* no fueron deportados a la fuerza y se quedaron. Supongo que es el caso de los antepasados de Lomasi y su hija.

Landon la miró sorprendido, nunca habría imaginado que los indios habían luchado entre sí, y menos aún que sus antepasados habían sido ladrones de tierras. No estaba seguro de entender quién tenía la razón.

—Entonces, ¿quiénes eran los buenos y quiénes los malos, mamá?

—Todos, cariño. Todos eran buenos y malos.

Landon asintió, intentando procesar la información. Su madre estaba entusiasmada contando con pasión todo aquello. Amaba aquellas láminas, sabía muchas historias, y la había escuchado más de una vez hablar con su padre de lo mucho que le hubiera gustado ir a la universidad para estudiar Historia. Pero, por algún motivo que no entendía, su hermana Lisa tenía la culpa de que aquello no hubiese sucedido.

—Años después, los españoles cedieron los terrenos de lo que es hoy el sur de Alabama, incluido nuestro condado

de Henry, y los americanos renunciaron a reclamarles Texas. Aunque después hubo más batallas y repartos de tierras... Bueno, es una historia triste y complicada, hijo, pero es la nuestra. Hay que conocerla y aprender de ella.

Reese Frazier acarició la cabeza de su hijo y lo condujo hacia otra lámina:

—Mira, este es el Abbey Creek, atraviesa el centro de Wiregrass. Pero el nombre indio para este arroyo era Yatta Abba, que significa «bosque de cornejos».

—¡Pero ese es el nombre del festival de Abbeville!

Ambos sonrieron. El primer sábado de mayo, aquel pueblo celebraba la floración de los cornejos con bailes, exhibiciones, concursos y actividades. Los cornejos todavía florecían a lo largo de aquel arroyo, así como por toda la preciosa ciudad de Abbeville, con sus bonitas flores blancas.

Su madre continuó explicándole cada uno de los cuadros que adornaban los pasillos de su hogar y que, de pronto, Landon encontró interesantes.

Aquel había sido un día extraño, un buen día.

El chico se acostó obsesionado con la imagen de Casca-bel entre las flores del invernadero, y con todas las historias de aquellos cuadros en su cabeza. Y decidió que nunca jamás volvería a apuntar con el tirachinas a ninguno de ellos.